

lo contrario que en la vida. En aquéllas, se crea un mundo adecuado para que el personaje, el protagonista se mueva. El protagonista ya nace héroe y todo se desenvuelve a su alrededor para alimentar su existencia y realzarla. En la vida, el mundo es anterior a nosotros; tenemos que hacernos un hueco en él, y para destacar, sobresalir, hemos de vencer obstáculos, luchar sin tregua y no siempre nos dejan realizar nuestro propósito los demás hombres y mujeres que se mueven a nuestro alrededor. A veces, de un gran protagonista que ambicionábamos ser, hemos quedado reducidos al papel de simple comparsa.

Y conviene aprovechar esta ocasión para destacar la anomalía de algunas conductas. Los hombres o mujeres que ambicionaban triunfar en el mundo y no lo consiguieron suelen consolarse imponiéndose en su propio hogar; en la familia; allí imponen a los demás la disciplina que no fueron capaces de imponer en el mundo, amargando la vida de sus familiares. Es una reversión del afán de dominio. Esta amargura les suele acompañar durante toda su existencia y suelen destilar hiel en todas las relaciones sociales que mantienen.

Pues bien, esa irrealidad del mundo del cine y de la novela debe tenerse en cuenta cuando se trata de aplicar a la vida propia la experiencia de situaciones análogas vividas por el arte: cuidadosamente trabajadas, y compuestas con desvelo. Mientras que nuestro carácter está trabaja-

do por la vida y cuenta con nuestra voluntad débil para unificarlo y dirigirlo.

Lo primero que debe tener en cuenta la persona que pretende aleccionarse en experiencias ajenas es su carácter; su dominio de sí misma; su serenidad para enfrentarse con situaciones delicadas y difíciles; su valor para afrontar situaciones duras; su capacidad de resistencia y su perseverancia para llevar las empresas hasta su fin.

Lo segundo, es el humor, el entusiasmo, la alegría, aun en medio de situaciones difíciles y penosas. El entusiasmo, la esperanza de superar las dificultades, la fe en la Providencia, son estímulos poderosísimos para nuestra conducta. Saber sobrenaturalizar nuestras propias fuerzas nos da un valor desconocido, nos hace capaces de esfuerzos inauditos, y, lo que es más valioso, nos permite recorrer el camino sin apartarnos de la verdad y sin utilizar medios ilícitos ni dudosos, evitando circunstancias peligrosas.

Quien es católico debe serlo siempre y en todas las circunstancias. Y su conducta no puede imitar experiencias de realizaciones ajenas a las normas supremas de la moralidad católica.

Tener la conciencia tranquila es poseer un manantial de felicidad y de alegría. Cuesta privaciones y sacrificios, pero merece la pena de sufrirlos a cambio de la satisfacción que proporciona.